

DEL SIGLO XVIII AL XIX
Estudios histórico-literarios

René Andioc



Prensas Universitarias de Zaragoza

ÍNDICE

ADVERTENCIA PRELIMINAR	9
I. LA ESCUELA Y LA CALLE	17
Notas a la primera enseñanza en madrid a finales del XVIII	19
La figura del francés en las tonadillas de finales del siglo XVIII	39
II. DE MORATÍN	67
Nuevos documentos sobre la «familia moratinesca»	69
El primer testamento de Leandro Moratín y el último de Juan Antonio Melón	83
Una zarzuela inédita: <i>El barón</i> , de Moratín	103
Lecturas inquisitoriales de <i>El sí de las niñas</i>	203
Moratín, traductor de Molière	221
Más sobre traducciones castellanas de Molière en el XVIII	255
Un cuento de Voltaire en traducción de Moratín	271
Las reediciones del <i>Auto de fe de Logroño</i> en vida de Moratín	281
III. DE GARCÍA DE LA HUERTA	313
Una «fazaña» más de García de la Huerta	315
De estornudos, flatos y otros modos de «dispersar» (Huerta y los fabulistas: un nuevo poema satírico)	347
García de la Huerta en Orán: una loa para <i>La vida es sueño</i>	373
La <i>Raquel</i> de Huerta y la censura	389
IV. TRAGEDIAS Y DRAMAS	415
<i>Doña María Pacheco</i> , ¿mensaje preliberal?	417

El extraño caso del estreno de <i>Munuza</i>	441
<i>El sitio de Calés</i> , de Comella, ¿es traducción?	471
De <i>La Estrella de Sevilla</i> a <i>Sancho Ortiz de las Roelas</i> : notas a dos refundiciones o arreglos	483
El <i>Dos de Mayo</i> de Martí	511
Sobre el estreno del <i>Don Álvaro</i>	539
V. LA REFORMA	567
La reforma teatral de 1799-1803	569
El <i>Teatro Nuevo Español</i> , ¿antiespañol?	647
VI. PROBLEMAS RESUELTOS O PENDIENTES	675
Ramón Fernández siempre será Ramón Fernández	677
Ibrahim, Fátima y el Diablo Cojuelo	687
Don Benito, ¿mito o realidad? (génesis de un grabado de Juan de la Cruz)	709
De algunos enigmas histórico-literarios	725
VI. EPÍLOGO	743
Justa repulsa de iniquas acusaciones	745
BIBLIOGRAFÍA	775
ÍNDICE DE SIGLAS	791
ÍNDICE ALFABÉTICO	793

ADVERTENCIA PRELIMINAR

[...] il m'a moins importé de «faire savoir» que de tenter de faire comprendre. Le seul péché majeur est de juger sans avoir compris.

Pierre VILAR

Los trabajos reunidos en el presente volumen se refieren a la segunda mitad del siglo XVIII —en el sentido lato de la voz, que incluye los años inmediatamente anteriores a la guerra de la Independencia— y a los primeros decenios de la centuria siguiente, en que prosiguió o, por mejor decir, se clausuró, la carrera literaria de varios autores, entre ellos Leandro Fernández de Moratín, sin que sus producciones dejasen de influir en las nuevas generaciones. Los más se publicaron de treinta y tantos años a esta parte en distintas revistas o misceláneas españolas o extranjeras dedicadas al mundo hispánico que no siempre se tienen todas a mano, ya sea por haberse agotado algunas o por ser difíciles de conseguir a veces otras por los conductos habituales. Unos cuantos se redactaron en francés y se reproducen aquí, naturalmente, vertidos al castellano por el firmante de estas líneas. Ocioso es agregar que siempre que ha parecido necesario, esto es, en la mayoría de los casos, se han enmendado los textos con arreglo a investigaciones, mías y ajenas, realizadas con posterioridad (o incluso, tal cual vez, con anterioridad...) a la primera publicación. Uno solo, relativo al estreno del *Don Álvaro*, podrá juzgarse a primera vista algo ajeno a mi propósito; sin embargo, además de que se dedica una parte relativamente importante de este libro al arte dramático, e incluso un artículo a los arreglos sucesivos de *La Estrella de Sevilla*, entonces atribuida a Lope, hasta mediados del XIX, la obra del duque de Rivas, cronológicamente la más tardía de las ori-

ginales que aquí se estudian, pero cuya ficción se sitúa en pleno setecientos, no supone ni puede suponer, como es sabido, una ruptura total con el teatro anterior y, por otra parte, conviene tener presente que sorprendió a no pocos críticos de su tiempo, suscitando unas reservas o reparos fundados las más veces en criterios estéticos y éticos no muy distintos a los que regían el «buen gusto» dominante desde decenios atrás.

En cambio, otros se han desechado, generalmente los más antiguos, por haberse aprovechado en publicaciones ulteriores más largas, entre ellas mi edición del epistolario de Moratín y mi tesis doctoral sobre el arte dramático en la segunda mitad del XVIII, traducida al castellano en 1976,¹ o, en el caso de varios poemas inéditos, por resultar ocioso reproducirlos y comentarlos después de la reciente edición de las poesías completas de aquel escritor.² En cuanto al relativo a informes de la policía francesa que vigilaba con los medios habituales a don Leandro como significado —y ¡presuntamente peligroso!— exjosefino,³ creo que el contenido de dichos textos administrativos, no exento de errores y a menudo reiterativo, puede ahorrarse los honores de una reimpresión. Y quedan algunos estudios más que tampoco se incluyen en esta miscelánea o colección, ya que tratan más bien de historia del arte y me propongo reunirlos por lo tanto en un librito aparte, pues también he efectuado en ellos no pocas enmiendas y adiciones imprescindibles. De manera que la cuasi totalidad de la presente publicación versa sobre distintos aspectos —relacionables todos, pues contribuyen a aclararse mutuamente de forma ya sea directa o indirecta— de la actividad literaria y, más generalmente, cultural en la segunda mitad del setecientos, *lato sensu*.

Dicha actividad comprende la producción de textos, poéticos o en prosa, satíricos, dramáticos o también periodísticos, cuyo estudio abarca también las circunstancias de su aparición, esto es, su contexto estético, económicosocial e incluso político, sus modos de difusión y la recepción *cualitativa* de las obras por el público de lectores o espectadores, a través de los sucesivos exámenes censorios, de las críticas publicadas en la prensa o recogidas en epistolarios o memorias íntimas. En cuanto al arte escénico propiamente dicho, se analiza un abanico completo de los géneros

1 René Andioc (1976).

2 Leandro Fernández de Moratín (1995).

3 René Andioc (1963).

acreditados en los teatros contemporáneos: tonadillas, comedia áurea original o arreglada (*Sancho Ortiz de las Roelas*), zarzuela (*El barón*), comedia heroica (*El sitio de Calés*), comedia neoclásica (*El sí de las niñas*), tragedia (*Munuza, Raquel, Doña María Pacheco*), drama (*El día Dos de Mayo de 1808, Don Álvaro*), sus fuentes nacionales o extranjeras cuando las hay evidentes o confesadas, con la particularidad de que, para apreciar mejor su impacto, disponemos en la mayoría de los casos de un medio de valoración *cuantitativo* que viene a sumarse a las tiradas, las reediciones y las copias manuscritas asequibles: me refiero a la participación más o menos importante del público, mejor dicho, de los públicos, que dan a conocer con exactitud las entradas diarias conservadas en la contaduría de las compañías y, por lo mismo, permiten aclarar mejor y matizar eventualmente los juicios formulados por los críticos contemporáneos, no siempre concordantes y en los que entra también una parte de subjetividad, los de las siguientes generaciones, hasta los de ciertos estudiosos actuales, así como las polémicas que pudieron suscitar tanto en su tiempo como en el nuestro. Porque una cosa es el valor estético que nosotros concedemos a tal o cual obra del pasado, el lugar que le adjudicamos en la historia literaria gracias a la perspectiva de que disponemos y también en función de unos criterios provisionalmente «definitivos» adoptados por una mayoría (relativa, y que se puede convertir en minoría), y otra cosa, no menos importante y que se tiene que atender antes que nada, la acogida que sus contemporáneos le reservaron acudiendo o dejando de acudir a los coliseos, por medio de lo cual podemos comprobar en qué medida responde su «mensaje» a la expectativa de una determinada fracción de la población.

Estas polémicas a que me refería, y que opusieron entonces a admiradores o negadores de la «belleza» de una determinada obra o, sobre todo, a partidarios y adversarios de estéticas divergentes con implicaciones consciente o inconscientemente ideológicas, y cuyos ecos repercuten en particular en varios artículos aquí dedicados a García de la Huerta, habían de desembocar en un intento gubernamental de reforma autoritaria del teatro, por ser tenido éste entonces, con el púlpito, y más que la prensa, aún en vías de desarrollo, por uno de los medios de comunicación o difusión, diríamos hoy, más apropiados para modelar la opinión. Por ello se hacía necesario un capítulo relativo a dicha reforma, destinado a complementar los trabajos ya antiguos realizados sobre este mismo tema, y cuya presencia explico con más detenimiento en una nota.

En algunos artículos se trata también, ya sea en el texto propiamente dicho o en las correspondientes notas, de resolver problemas de atribución o datación, los cuales me han llevado lógicamente a dedicar unas páginas a otros ya resueltos por medio de mis propias investigaciones, concluyendo con los que siguen pendientes o, según suele decirse, con el estado último de la cuestión: se trata de la identificación de «Ramón Fernández», que se venía considerando seudónimo de Pedro Estala, amigo de Moratín, Melón y Forner, y que fue en realidad el nombre de un modesto mecenas, cirujano de oficio y amigo de las buenas letras, que costeó la edición de unos primeros tomos de poesías antiguas por el escolapio; de las *Cartas Turcas* de Meléndez Valdés, a las que, por ahora y por faltar pruebas fehacientes, no creo que puedan vincularse dos epístolas supuestamente rescatadas de la perdida colección; y, por último, de varios «enigmas» en vías de aclaración o ya aclarados, como son la fecha de redacción de la *Raquel* de García de la Huerta, una dudosa cuarta parte del *Carlos XII* de Zavala y Zamora, la identificación, gracias a una carta de Goya, aunque con pocos detalles, del popular cantante Pacotrigo, corruptor de jóvenes aristócratas según la *Sátira a Arnesto*, de Jovellanos, y el hipotético texto anterior a la que se intitulaba *Continuación de las Memorias Críticas por Cosme Damián*, de Samaniego.

Agregaré que la aparente disparidad de ciertos estudios no debe ocultar su complementariedad. Así, por ejemplo, en el capítulo dedicado a Leandro Moratín, el examen de la densa documentación de carácter económico relativa a la familia del tío paterno y primos hermanos del escritor, además de facilitarnos nuevas informaciones biográficas sobre don Leandro, e incluso sobre una obra del padre de éste, don Nicolás, permite formarse una idea bastante exacta de cómo debía de vivir diariamente, y en qué ambiente casero, parte de la llamada «clase media» a la que iban dirigidas, según el dramaturgo, las comedias neoclásicas y a la que también pertenecían los protagonistas de dichas obras y el propio escritor. Los «bienes y posibles», la casa, la despensa y la batería de cocina del rico don Diego de *El sí de las niñas*, sólo brevemente evocados por doña Irene para engolosinar a su hija y animarla a que se case con su anciano pretendiente, todo lo podemos imaginar —y casi se podría reproducir el interior en que se hospedó el autor en los años de las vacas flacas— gracias a los dos inventarios pormenorizados del mobiliario y a la descripción del piso hechos por don Miguel, o Nicolás Miguel, joyero acomodadísimo, con